

PRÓLOGO A

JUÁREZ Y MAXIMILIANO

Por Jorge Luis Borges

De las obras dramáticas de Franz Werfel, las de mayor renombre son la "trilogía mágica" Spiegelmensch (1920) y la "historia dramática en tres fases y en trece cuadros" Juarez und Maximilian (1924). La primera de las dos corresponde a un género en el que siempre se ha mostrado eminente la literatura alemana: la falsa obra maestra. Así lo ha comprobado la crítica: Karl Heinemann observa que Spiegelmensch tiene más de magia teatral que de teatro mágico; Albert Soergel (Dichtung und Dichter der Zeit, II, 496), que no es una trilogía y no es mágica. En su clamoroso decurso, Werfel renueva un tema predilecto de las neurosis, de las literaturas y de los mitos: el doble, el doppelgaenger. (Ya Aristóteles trata de explicar la dolencia de aquéllos que en todo tiempo y en todo lugar ven su imagen; ya una tradición rabínica narra la historia de tres hombres que bajaron al Reino de las Tinieblas: uno regresó loco; otro, ciego; el tercero, Akiba ben Yosef, dijo haberse encontrado consigo mismo.) Dos hermanos, dos enemigos, libran un largo duelo a muerte en la obra: el yo esencial del héroe, el Seins-Ich, que ansía lo absoluto y lo eterno: su yo aparential o yo espectacular, Schein-Ich o Spiegel-Ich, que apetece las vanas plenitudes de la realidad, es decir, de la irrealidad. Tres mundos atraviesa el protagonista de ese drama alegórico: el mundo espiritual, cuyo símbolo es un convento; el mundo vital o afectivo; el ilusorio mundo de los éxitos, del poder y del goce. Ninguno de esos mundos lo satisface. Al final hay un juicio en el que testimonian las sombras; el héroe se juzga a sí propio y se condena a muerte. Bebe



Franz Werfel





la copa de veneno; el yo aparental, fulminado, se pierde en el espejo; el yo esencial despierta en el mundo absoluto, que es "incomprensible y hermoso". Tal es, a grandes rasgos, el emblemático argumento de *Spiegelmensch*. La crítica alemana, al desaprobalo, ha pronunciado los venerados nombres de Fausto, de Peer Gynt y del Till Damaskus de Strindberg; tales evocaciones (a las que podríamos añadir la de Jekyll y Hyde) son válidas si quieren indicar una afinidad; son improcedentes si quieren abrumar con su gloria o sugerir un plagio.¹

En *Spiegelmensch* el autor parte de una serie de conceptos abstractos, hecho que explica la poca vitalidad de la obra; en Juárez und Maximilian su punto de partida es la intuición total de un carácter. (Que la historia confirme esa intuición importa muy poco; lo indispensable es que creamos que cree en ella el autor.) "Su carácter fue su destino", dijo famosamente Gottfried Keller de un personaje de sus cuentos; lo mismo es lícito decir del Maximiliano de Werfel, como de todo irredimible héroe trágico. Maximiliano es un hombre complejo y escrupuloso, a quien han extraviado las circunstancias en un mundo implacable. Antes de combatir está derrotado, porque lo desarman la piedad y la lucidez. Incurre, gradualmente, en la culpa máxima: la de admitir que su enemigo puede tener razón. Dicta decretos filantrópicos; ampara al peón y al indio. Obra de esa manera porque ya entrevé que su causa, intrínsecamente, no es justa. A través de la derrota y de las tradiciones (toleradas por él, íntimamente fomentadas por él), Maximiliano se convierte en su propio juez y en su propio verdugo. Siente un afecto inexplicable por Juárez. A éste (que acabará por fusilarlo en Querétaro) nunca lo vemos. En esa ocultación hay algo más que un hábil artificio dramático; Juárez es de algún modo la conciencia del triste emperador.

En el primer volumen de *Parerga und Paralipomena* de Schopenhauer asombrosamente se lee que todos los hechos que pueden ocurrirle a un hombre, desde el instante de su nacimiento hasta el de su muerte, han sido prefijados por él. Así, toda negligencia es deliberada, todo olvido un rechazo, todo casual encuentro una cita, toda humillación una penitencia, todo fracaso una misteriosa victoria, toda muerte un suicidio. De esa fantástica doctrina (que Schopenhauer fundamenta en razones de índole panteísta) podría ser un ejemplo minucioso este gradual e inexorable drama de Werfel. En su decurso, anota Albert Soergel (obra citada, II, 498), Werfel trata la historia de tal modo "que ésta, sin dejar de ser historia, es poesía".

Franz Werfel es un gran poeta judío alemán en el que vive la Tradición de los Salmos; esa circunstancia es visible en toda su obra. ♦

¹ Estos versos de Blake (Milton, I, 15) serían un epígrafe y un resumen de la obra *Spiegelmensch*.
I will go down to self annihilation and eternal death.
Lest the Last Judgment come and find me unannihilate.